

EL 68 NO ES UN RECUERDO

Margarita Nolasco



7 de septiembre de 1968
en la Plaza de las Tres Culturas.



En 1968 salí a Europa después de participar en la marcha encabezada por el Rector Javier Barros Sierra y, a mediados de septiembre, a mi regreso, me encontré una Ciudad de México cambiada: pintas en las que abiertamente se insultaba al presidente, las universidades y escuelas superiores del país dedicadas a difundir la gravedad de los hechos,¹ contra la UNAM, contra los estudiantes y contra el pueblo de México por el déspota Presidente Díaz Ordaz. Poco después se conformó el Consejo Nacional de Huelga (CNH), en el que participaban los principales centros de educación superior del país. Pedían la libertad de los estudiantes presos, la indemnización a los familiares de los muertos en la destrucción de la puerta de la *Preparatoria de la UNAM*, la renuncia de los jefes policiacos y la derogación de los artículos del Código Penal que se referían a los delitos políticos.

El mismo 15 de septiembre asistí al “grito” que dio Heberto Castillo en la UNAM, y me uní a las ma-

nifestaciones de protestas contra la política represiva de Díaz Ordaz. Como respuesta de este déspota, el 23 de septiembre se toman militarmente diferentes recintos universitarios (IPN primero, luego la UNAM y después otros). Hubo enfrentamiento entre estudiantes y jóvenes de la Ciudad y las fuerzas armadas, además de otras manifestaciones de protesta. El 2 de octubre de 1968 se realiza un mitin en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Y es entonces cuando empieza mi visión de hasta dónde puede llegar la perversidad de un presidente.

Días antes había quedado con la Dra. Mercedes Olivera de comer juntas ese 2 de octubre en su departamento del Edificio Chihuahua, en Tlatelolco, situado en el cuarto piso; esto es, arriba del tercero donde se ubicaba una terraza en la que estaban los líderes del Consejo Nacional de Huelga, algunos invitados que hablarían en el mitin y diversos periodistas, casi todos extranjeros.² En efecto recogí al más pequeño de mis hijos y a las dos hijas de Mer-



7 de septiembre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas.

¹ Hay que recordar que todo empezó por la brutalidad policiaca al reprimir un pleito de estudiantes de bachillerato de un plantel privado con otro del IPN, lo que, poco tiempo después, el 29 de julio en la noche, llevó al Ejército mexicano a destruir con un proyectil de bazuca la puerta principal de la entonces Escuela Nacional Preparatoria, planteles 1 y 2. Además de ser un edificio colonial cargado de historia y siempre relacionado con la educación superior, propiedad de la UNAM, había sido mi amada Prepa. Me dolió por todo: no respetaron un edificio que además de su belleza arquitectónica es parte de nuestro pasado, tampoco les importó que fuera de la UNAM, y no tomaron en consideración las muchas generaciones de estudiantes que por ahí pasamos y que amábamos y amamos nuestro antiguo colegio. Simplemente una bazuca bastó para destruir la puerta y mancillar a la Historia, a la UNAM y a sus miles de estudiantes y ex-estudiantes, así como al pueblo de México.

² Eran corresponsales de periódicos extranjeros que habían venido por los Juegos Olímpicos que días después se realizarían en el país. Al llegar se encontraron con un pueblo alzado en la Ciudad de México y decidieron aprovechar la ocasión para reportear el proceso.

cedes en la escuela y a una amiga de éstas, y me dirigí al Edificio Chihuahua.

Al llegar a Tlatelolco vimos que estaba rodeado de tanques que apuntaban sus cañones al centro de la plaza, estos tanques estaban rodeados de militares. Pasé con los cinco niños entre soldados, tanques y cañones, y me dirigí al departamento de Meche. Al llamar a los elevadores para subir, éstos no respondieron, alguien nos dijo que no estaban funcionando, por lo que optamos subir por las escaleras. Al llegar al departamento Meche me dijo que todo estaba bien, como siempre que había algún mitin, por lo que todos contentos nos sentamos a comer. Todo el tiempo, los niños estaban asomados en las ventanas, viendo cómo se llenaba la plaza de gente sin importarles el impresionante y amenazante cerco de tanques y soldados, y por supuesto pedían permiso para bajar a la plaza, el cual, como es obvio les fue negado. Poco después me dice Meche que saliéramos a comprar pan para la cena, porque después con tanta gente y con el mitin ya empezado nos iba a ser difícil. Salimos con los cinco niños - que insistían en ir con nosotras- nos dirigimos con ellos a la panadería y, al regresar, vieron un carrito que vendía helados, y pidieron que les compráramos algo. Nos detuvimos, se le dio su helado a cada niño y ya con éste en la mano se fueron corriendo por las escaleras hacia el departamento. Nosotras, con bolsas de pan y helados en las manos, empezamos a pagar la compra y en eso estábamos cuando oímos algo que sonaba en el cielo. Al parecer era una señal luminosa arrojada, tal vez, desde la parte donde está la iglesia colonial de los franciscanos. En ese momento vimos que se abrían los elevadores y salían unos individuos que tenían un guante blanco y portaban pistolas en las manos y empezaban a disparar hacia la muchedumbre.

Corrimos hacia uno de los pilares cercanos a los elevadores y a las escaleras y ahí esperamos mucho



7 de septiembre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas.

tiempo. Junto a nosotros estaba una joven que llevaba un bote como alcancía y un abrigo negro largo. Estábamos muy preocupadas por los niños y varias veces hicimos el intento de llegar a las escaleras, pero ahí estaban tres o cuatro individuos con guante blanco que en cada intento nos amenazaban y nos impedían subir. En tanto, vimos a la gente correr hacia el edificio Chihuahua, donde nosotras estábamos y oímos que les disparaban. Se retiraron entonces hacia la Plaza pero al poco rato regresaron. Nosotras les gritábamos desesperadas que se alejaran, que desde el edificio Chihuahua estaban disparando pero en el barullo de balas y gritos nadie nos escuchaba, se retiraban pero volvían una y otra vez.³

Empezamos a ver cuerpos caídos que quedaban solos o rodeados de amigos y parientes que intentaban llevárselos en los momentos en que se detenía la balacera. Fue una escena terrible que tanto los que estaban en la plaza como las tres observadoras detrás del pilar nunca podremos olvidar.

³ Posteriormente me enteré que la gente estaba acorralada. Desde el cerco de tanques y soldados, alrededor de la plaza, les disparaban y cuando trataban de buscar refugio en el edificio Chihuahua también eran rechazados por las balas.

Aclaración de Sergio Ricardo Melesio Nolasco: Mi madre siempre se preguntó de el por qué los estudiantes que se retiraban al recibir los disparos por el lado del edificio Chihuahua, después de un rato regresaban hacia ese lugar, mientras ellas gritaban que no lo hicieran. Parecía no entender la razón ni ver una explicación lógica a esta conducta. No sé por qué hasta un par de días antes de que comenzara ella a escribir este artículo, nunca lo habíamos comentado. Fue entonces que le dije que, debido a que ella veía los acontecimientos desde la misma plaza, desde abajo, no podía ver lo que yo sí había visto, desde el departamento de Meche, en el cuarto piso del edificio Chihuahua. La gente corría hacia el edificio porque los soldados les disparaban desde el lado contrario, por lo que trataban de escapar, pero entonces se encontraban con los policías y con los "guantes blancos" quienes también les disparaban, por lo que otra vez corrían hacia el lado contrario, produciendo ese tétrico vaivén al que mi madre se refiere (aunque a mi parecer, los soldados disparaban hacia el aire, y no veía que por ese lado cayeran al suelo los estudiantes, a diferencia de los costados donde estaban los "guantes blancos" y los policías quienes sí disparaban hacia los estudiantes, los cuales caían al piso, muertos o heridos). De igual manera, en una discusión bizarra que duró más de 20 años, yo siempre insistí que la luz de bengala que dio inicio a la masacre había sido lanzada desde el helicóptero, no desde el campanario de la Iglesia, como todos decían, y que fueron realmente dos luces, primero una de color rojo y poco después, una de color verde. Eventualmente, cuando el "Comité de la Verdad" publicó los primeros resultados de sus investigaciones sobre los hechos del 2 de octubre del '68, se supo que en efecto, las luces habían salido desde el helicóptero.



7 septiembre 1968 en la Plaza de las Tres Culturas.

En un momento en que paró el fuego, le pedimos a uno de los hombres de guante blanco, colocados frente a las escaleras, al que nos parecía que mandaba, que nos permitiera subir al cuarto piso, porque nuestros hijos se habían ido escaleras arriba y no sabíamos si estaban bien. Primero se negó y tuvimos que esperar repitiendo nuestra súplica cada vez que callaban las balas, hasta que Meche, ya desesperada le dijo que de todas maneras íbamos a subir, y que si quería matarnos que nos mataran, pero que nuestros hijos estaban arriba. Al vernos tan decididas, ese hombre dio la orden a otros tres individuos de guante blanco, de que subieran con nosotras. La joven del abrigo negro que se había refugiado a nuestro lado, detrás de los pilares, se nos unió y subimos, lo más rápido que podíamos con el pan y el helado, ya todo derretido en las manos, pues simplemente no se nos ocurrió tirarlo y menos comerlo.

Al llegar a al tercer piso, donde está la terraza en la que estaban los líderes del Consejo, se veía sangre en el piso, pero no pudimos detenernos a tratar de saber que había ocurrido. Llegamos a la puerta del departamento de Meche, y los individuos que iban con nosotros, nos hicieron a un lado, nos dejaron pegadas a la pared, y tocaron la puerta. Abrió la muchacha de Meche, la empujaron brutalmente hacia adentro y entraron con sus armas listas. Al parecer...

Estas son las líneas que Margarita Nolasco escribió horas antes de morir. Su hijo menor, Sergio, quien estuvo con ella en esos trágicos mo-

mentos, reunió memoria, entereza y cariño para terminar, con las palabras que su madre hubiese empleado, el relato que el destino había dejado incompleto.

En este instante mi madre se sintió mal y decidió detenerse. Eran las 8:03 pm y me pidió que apagara la computadora. Se dirigió a su recámara y se recostó en su cama. A las 10 pm entré a su cuarto y se quejaba mucho de su estomago y de un muy fuerte dolor de cabeza. A las 10:30 pm mi padre y ella decidieron ir al hospital. Llegamos a emergencias, ella bajó por su propio pie. En el servicio de Urgencias se le controlaron sus molestias pero una insuficiencia respiratoria, una tos pertinaz y un fuerte dolor en su costado derecho, más los resultados de los análisis realizados hicieron que el doctor tomara la decisión de llevarla a Arterioscopia. Eran las 1:30 am. Mi padre en ese momento me indicó que me fuera a la casa y descansara, y que más tarde, hacia las nueve y media o diez de la mañana, regresara para quedarme con mi madre y que él descansara en casa. Esperé a que la prepararan, y cuando la llevaban hacia Arterioscopia me despedí de ella. Se quejaba, pero le dije que no se preocupara, que en unos días estaría de regreso en casa, pero que yo le llevaría su "laptop" al hospital cuando saliera de terapia intensiva. Me respondió: -"Ay, sí, carajo, aún tengo que terminar ese artículo", refiriéndose precisamente al presente texto. Fue la última vez que hablé con ella. A las 4:55 am, me llamó

mi padre a la casa. La Dra. Margarita Nolasco Armas, había pasado a la inmortalidad.

[Al Parecer] sospechaban una emboscada o algún peligro generado por algún grupo terrorista o guerrillero. Con cautela, revisaron el departamento, y al no ver nada sospechoso, nos advirtieron sobre el peligro existente, que no deberíamos salir y se retiraron. Lo primero fue preguntar sobre los niños. La muchacha indicó que se encontraban en el baño, el cual, al estar en el centro del departamento, parecía el lugar más seguro y de inmediato fuimos hacia ellos. Y allí estaban, temblorosos, asustados, pero bien. Los abrazamos y tranquilizamos, ahora lo más importante era mantenerlos a salvo y teníamos que sacarlos de Tlatelolco a cualquier costo.

La joven del abrigo negro que habíamos rescatado y que venía con nosotros -una estudiante de la Universidad Iberoamericana-, estaba pálida y sin hablar, pero pegada a nosotras. Recordamos que el bote de colectas que ella guardaba tenía propaganda pegada del CNH y se lo pedimos, con el fin de quitársela y guardar el dinero en una bolsa, por si llegaban a revisar otra vez los de guante blanco, quienes al ver eso podrían causarnos problemas, que era lo menos que deseábamos. La joven protestó, diciendo que el bote era propiedad del CNH, pero muy serias se lo exigimos, explicándole que el dinero sería puesto en una bolsa para que ella se lo diera al CNH, pero que lo importante era que no lo vieran así los policías o soldados, o los del guante blanco, porque entonces no nos dejarían salir y tal vez estaríamos en un problema mayor. Ella accedió y se abrió el abrigo en donde lo traía escondido. Pero al abrirlo, junto con el bote cayó también un bulto grande con volantes de propaganda en contra del gobierno y a favor del movimiento estudiantil. Pero ¿por qué no los tiraste cuando inició la balacera? Fue la primera pregunta que se nos ocurrió. No contestó. Pero teníamos también que deshacernos de eso, a toda costa. Optamos por quemar la propaganda y tira, las cenizas por el escusado.

Corría el tiempo. Ocasionalmente pasaban grupos de soldados quienes tocaban a la puerta. Les gritábamos que por favor nos sacaran de allí, pero no nos hacían caso, hasta que pasaron unos preguntando si había heridos. Abrimos la puerta, vimos que eran de la Cruz Roja militar. Le insistimos que nos sacara, que teníamos niños, que queríamos salir. Ante sus negativas, nosotras insistíamos más, hasta hacerlo sentir acorralado, y se compadeció de nosotros. Rápidamente preparamos a los niños y salimos todos juntos, por detrás de este grupo militar. Meche y sus hijas y la pequeña amiga de éstas, pegados a ella, yo con mi hijo menor y la joven.

Las escaleras se veían mojadas, tanto por la lluvia como por la sangre, que hacía que al caminar se sintiera el piso pegajoso. Salimos del edificio, y

al cruzar vimos grupos de soldado aventando como bultos los cuerpos de los estudiantes y personas fallecidas todos envueltos en cobijas, dentro de los camiones militares. Vi que mi hijo pequeño se retrasaba y volteaba a ver hacia los camiones, por lo que lo jale hacia mí y con mi mano en su cara traté de evitar que viera esa terrible acción. Pasamos por un primer cordón de tipo militar, quienes nos preguntaron quiénes éramos y adónde íbamos. El militar que nos había sacado respondió rápidamente y nos dejaron pasar. Vino un segundo cordón, este compuesto de granaderos y policías, quienes nos gritaban que no podíamos salir y que nos regresaríamos. Pero el militar que nos acompañaba habló con un superior de ellos quien les dio la indicación de que nos dejaran salir. Pasamos el cordón, el militar se quedó y nosotros nos dirigimos hacia la Avenida Reforma, donde tomamos un taxi hacia mi casa. En el camino, Meche y yo le gritábamos a cuanto paseante que veíamos que en Tlatelolco estaban matando estudiantes, y a los voceadores callejeros que regresaran a sus periódicos y denunciaran los hechos, sin respuesta alguna.

Llegamos a la casa, y mi preocupación eran mis otros dos hijos. Afortunadamente allí estaba mi hija mayor, pero no mi segundo hijo Carlos. Llamamos por teléfono buscándolo en las casas de sus amigos y nos enteramos que había asistido al mitin en la Plaza de Tlatelolco. Desesperadas, contamos todo lo que habíamos visto, y le dije a mi esposo que teníamos que buscar a nuestro hijo,



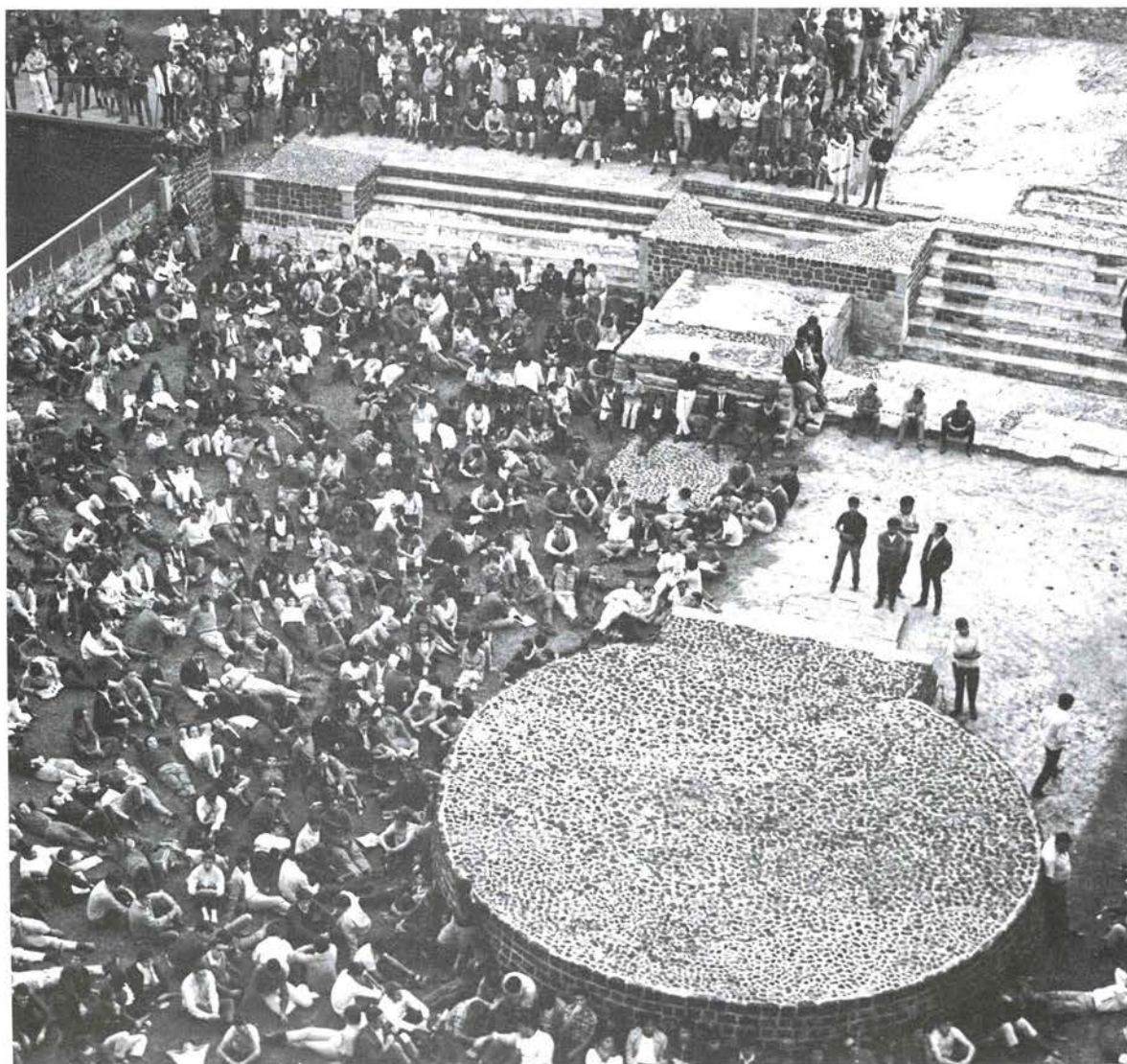
7 septiembre 1968 en la Plaza de las Tres Culturas (Detalle).

que teníamos que regresar. Inmediatamente mi marido y mi padre estuvieron listos y salimos, para regresar a Tlatelolco a buscarlo, y poniendo toda nuestra esperanza en encontrarlo bien y a salvo.⁴ Aun entonces, me era difícil pensar que el Gobierno déspota, represor, intolerante y perverso como era, pudiera llegar a ese nivel, a cometer esos crímenes, esas barbaridades, todo por sostener un sistema corrupto y retrograda, y por “mantener limpio” un evento internacional, paradójicamente dedicado a la paz y la armonía, como lo eran los Juegos Olímpicos, a inaugurarse 10 días después, el 12 de octubre de 1968.

Desde un par de días antes, mi madre y yo habíamos platicado del tema. Recordábamos los hechos, me aclaró ciertas sospechas (como la sensación pegajosa del piso de las escaleras o los camiones donde los soldados aventaban bultos), y sobre el sentido y contenido del artículo que estaba comenzando a escribir. Por esa razón, me he dado la libertad de terminar dicho documento, respetando todo aquello que discutí con ella y únicamente aquellas partes en las cuales yo fui testigo, a su lado. Espero con esto concluir lo que fuera su última obra. Por su memoria, y con el cariño y respeto que siempre le he profesado.

Cd. de México, septiembre de 2008.
Sergio Ricardo Melesio Nolasco

⁴ Esa noche mi madre, mi padre y mi abuelo no lo encontraron, ni en Tlatelolco, ni en las Delegaciones de la Policía, ni en los Hospitales o Clínicas en donde lo buscaron. Mi hermano llegó posteriormente por sus propios medios. El relato de esta parte de la historia se encuentra compilado en: Elena Poniatowska (1971) *La Noche de Tlatelolco*. Ed. Era, México, 1971, 281 pp.



7 de septiembre 1968 en la Plaza de las Tres Culturas (Detalle).



7 de septiembre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas.